



Misa de clausura del Año Jubilar de San Vicente Ferrer

27, 28 y 29 de abril de 2019

Orihuela, Alicante y San Vicente del Raspeig

Celebramos en el marco único del tiempo pascual, concretamente del Domingo de la Divina Misericordia –Segundo de Pascua-, la Clausura del Año Jubilar de S. Vicente Ferrer.

La Palabra de Dios, en el Evangelio que hemos escuchado y los textos evangélicos que leemos en estos días pascales, en ellos el Evangelio de Marcos escuchado, nos sitúan ante los encuentros del Señor resucitado y sus discípulos. Encuentros en los que transmite el consuelo de su presencia –Él vive-, y los encargos que dibujan la tarea que confía a los suyos.

En el Evangelio de S. Juan ahora mismo proclamado, podemos percibir esa experiencia de consuelo al ver que Jesús vive, se ha hecho presente “en medio” de ellos que estaban encerrados en una casa –dejándose tocar por Tomás- y dándoles su paz y llenándoles de alegría. Y podemos ver en el texto que todo no queda ahí, sino que los envía, les da su Espíritu, y les confía el perdón de los pecados.

Este segundo domingo de Pascua, por institución de S. Juan Pablo II, centra nuestra mirada en la Divina Misericordia: de este modo nos dirigíamos a Dios en la Oración Colecta y lo hemos proclamado en el Salmo Responsorial, ante las maravillas de su amor especialmente vivido y celebrado en estas fiestas de Semana Santa y Pascua, “dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”.

En medio de este gozo pascual, fijamos nuestra atención en el predicador y taumaturgo singular que fue S. Vicente Ferrer. Él es parte de la historia de Orihuela, pues aquí se reclamó su presencia y predicó en 1410, y aquí fue proclamado en el siglo XIX patrono de nuestra Diócesis. El pasado día 5 de este mes se cumplen exactamente los 600 años de su muerte, este ha sido el

motivo de honrarle a lo largo de este Año Jubilar de las diócesis con su sede en la Comunidad Valenciana, y que hoy clausuramos.

s. Vicente que predicó sin descanso en nuestra tierra –dejando una gran huella- y en buena parte de Europa, nació en Valencia en 1350. Su vida puede agruparse en tres etapas. Primera, desde su nacimiento a su Ordenación. Unos 30 años. Ya su nacimiento tiene una aureola de hechos maravillosos que siempre le va a acompañar. Es, sobre todo, su tiempo de estudiante y los inicios de su magisterio. Segunda, desde ser prior a dejar la corte de Aviñón (1380-1399). Diez y nueve años. Predicación, enseñanza y, sobre todo, asesor del Cardenal Luna –Benedicto XIII-, y de reyes e instituciones. Tercera, de la salida de Aviñón a su muerte en Vanne (1399-1419), unos 2º años. Sobre todo tiempo marcado como predicador y taumaturgo. Interviene en Caspe y el final del Cisma. En esta etapa, en 1410, visita Orihuela, Elche, Alicante y el actual S. Vicente de Raspeig. ¿Qué destacaría de su perfil moral y espiritual? Se suele destacar su prudencia y sabiduría, se lo disputaban los más altos gobernantes y los gobernados, para que su palabra los guiara por la senda del bien. Guía seguro ante dificultades y temas delicados. También se destaca –con cierta consonancia con Santo Domingo- la inalterabilidad de su carácter.

En cuanto a su estilo: el aconseja “en sermones y exhortaciones” usar un cercano lenguaje y con palabras “llenas de caridad”. Caridad que hace que, aunque denuncie y se enfrente a los vicios y desastres, no sea hombre angustiado y negativo sino “santo de la esperanza y rebotante de alegría”, alegría –como destaca el P. Forcada, cuyos análisis biográficos sigo-, en imitación de Santo Domingo, profundamente centrada en Cristo, confiada.

De su gran tarea, en todas sus facetas, destacaría por su actualidad: su incidencia en la conversión de las personas y costumbres sociales; su incansable labor misionera evangelizadora, anunciando a Jesucristo; su tarea siempre a favor de la concordia, la comunión, en la sociedad y en la Iglesia.

Hoy es necesario para los que deseamos vivir en cristiano y transmitir la fe – como padres, abuelos cristianos, sacerdotes, educadores, catequistas- ser personas que partimos de habernos encontrado con el Señor, de desear –por gracia- convertirnos a Él, que Él sea central y determinantemente en nuestra vida, que Él sea “el primero y el último”, de que nos hablaba la 2ª lectura, del libro del Apocalipsis.

En nuestros tiempos es, especialmente, necesario, además del encuentro con el Señor y de la conversión personal y que es punto personalmente de

partida, lo fue en San Vicente, el vivir una permanente ansia evangelizadora y misionera en cada uno de nosotros, en nuestras comunidades y parroquias, en nuestra Iglesia. Deseosos de que el Evangelio llegue a todos, de que el Señor sea conocido por todos, especialmente por nuestros niños y jóvenes: determinando esto la meta permanente de nuestra tarea de palabra y obra. Iglesia en salida, en conversión pastoral, pendiente de transmitir la fe por todos los medios. Ese es el fondo de nuestra pastoral recogida en el Plan Diocesano y profundamente afectada por Papa Francisco desde Evangelii Gaudium hasta su última Exhortación, donde esencialmente dirigida a la fe de los jóvenes, arranca con ese “Cristo vive”, y que su contacto hace rejuvenecer todo.

Igualmente hoy, nos son necesarios todos los ejemplos de pacificación y creación de unidad que jalonaron la vida de S. Vicente. En estos tiempos, no digamos en estas fechas, urge ser personas de paz y promotores de una sociedad asentada en la verdad, en los grandes valores, en momentos de rabiosos individualismos de todo tipo que fraccionan todo: familias, pueblos, naciones. Igualmente, ser personas de comunión dentro de la Iglesia, de amor a la Iglesia con mayúsculas, más allá de mi persona y los míos. La comunión entre cristianos, parroquias, realidades eclesiales, es esencial no sólo para el testimonio creyente como nos indicó el Señor, sino para la eficacia de la voluntad evangelizadora. El testimonio del Libro de los Hechos de los Apóstoles, el “común acuerdo” narrado en la primera lectura.

Pidamos a la Divina Misericordia que así nos lo conceda, por la intercesión de María, Madre de los Desamparados. Sin duda Ella es la gran devoción en estas tierras de la Comunidad Valenciana. Y, entre nosotros, es permanentemente recordada y evocada por esa querida población que lleva su nombre. Roguémosle en un día como hoy, que ampare a nuestras familias, a nuestras ciudades, a nuestra Patria.

Que San Vicente sea modelo de nuestras vidas y siga intercediendo por nosotros. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.